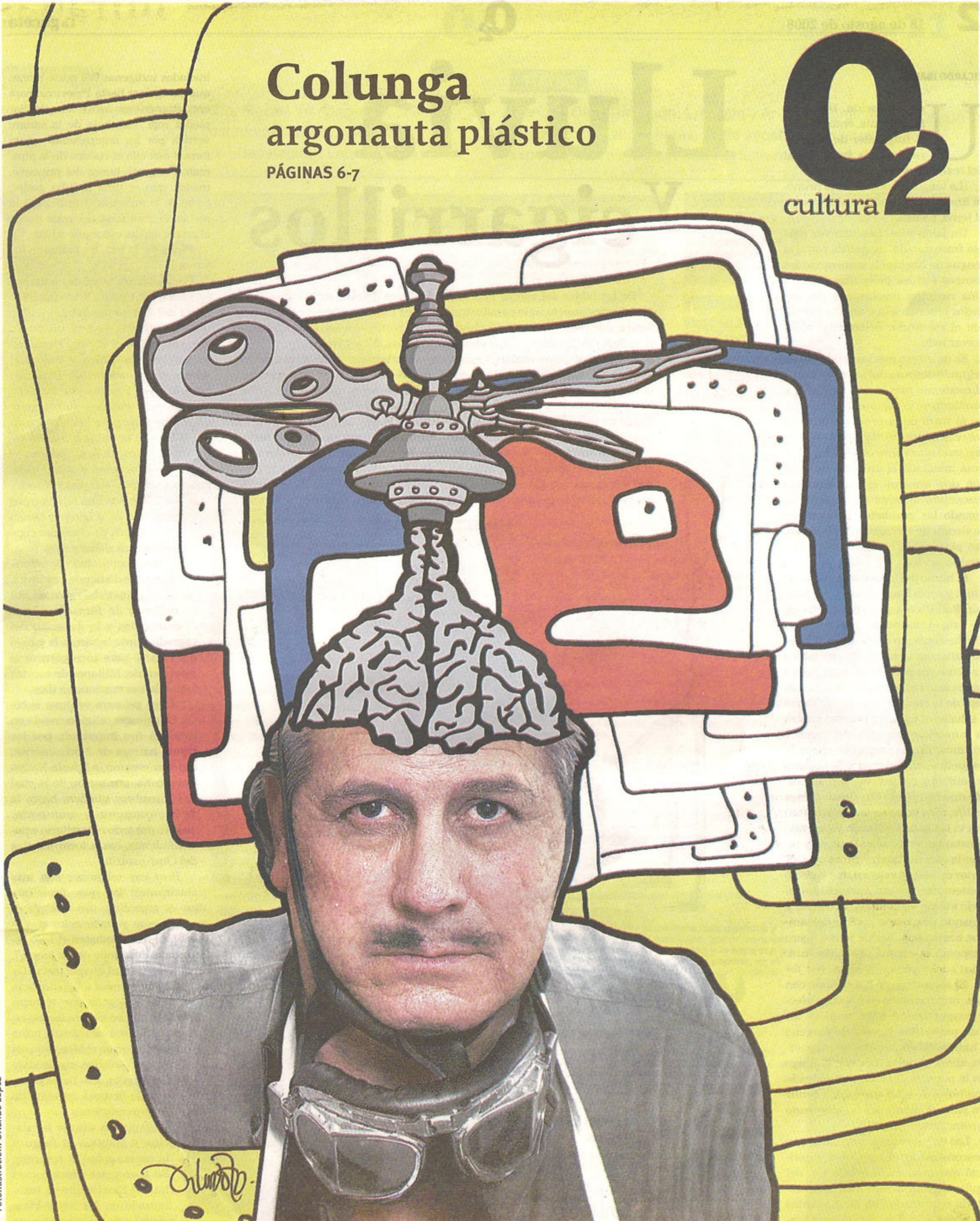


Colunga argonauta plástico

PÁGINAS 6-7

O₂
cultura



Orlando

Fotoilustración: Orlando López

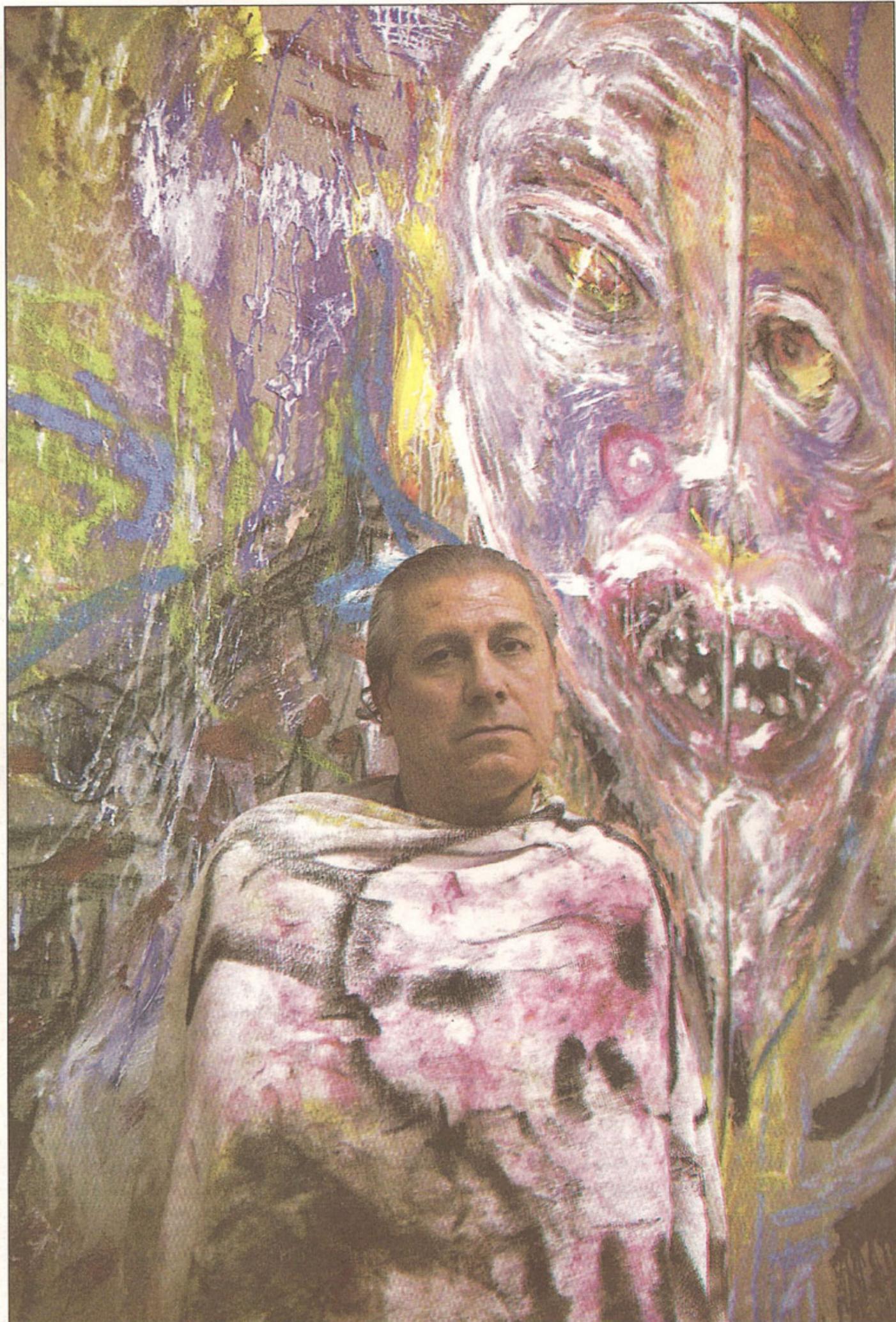
ENTREVISTA

Alejandro Colunga

El endemoniado

Es el *buen salvaje* de la plástica en Guadalajara. Sus creaciones están llenas de personajes luciferinos y surrealistas. Amante del circo y de la magia, es un crítico constante del *confort* y la mediocridad provincianas. El Museo de las Artes y el Hospicio Cabañas exhibirán la retrospectiva “Maravillas y pesadillas” a partir del 4 de septiembre; no obstante, el propio artista corrige: “Llevo apenas 40 años. Yo la llamaría una exposición cronológica”. Es Alejandro Colunga, el argonauta de lo fantástico.

►
El artista Alejandro Colunga en su taller de trabajo.
Foto: Giorgio Viera



ADRIANA NAVARRO

Los astros se alinearon, se ondularon los desiertos y la magia cayó en el mundo. Nació un niño, pintor-músico-escultor-mago: Alejandro Colunga, un 11 de diciembre de 1948 en Guadalajara. Año Rata del calendario chino. Sagitario con carácter alegre, aventurero, independiente, amante de la libertad, intuitivo y profético.

Hoy, 50 años después, Colunga nos cuenta su historia:

Nací en el barrio de San Juan de Dios, en un hospital que estaba ahí medio castrín. Me crié en el barrio del Pilar, en la calle de Parroquia. Fui afortunado, porque fui el último de siete hermanos, el más chiqueado, el más vago.

Tuve una infancia tremendamente feliz en una casona muy grande de tres patios, donde mi padre nos construyó columpios, un carrusel, un sube y baja. Todos los juegos estaban ahí, no había que salir de la casa.

Muere mi padre cuando yo era un niño de cuatro años y a pesar de la tragedia, no la sentí, pensé que era parte del juego. De ahí nos fuimos a la colonia González Gallo, donde aprendí a darme de guamazos con los chiquillos, de barrio a barrio. Luego regresamos a las Nueve Esquinas.

Recuerdo que mi madre me contaba cuentos, ella dibujaba las criaturas sacadas de su mente, dibujaba muy bonito. Mi madre era de una sensibilidad exquisita, muy delicada. Yo creo que de ahí viene la cosa... Luego yo pintaba como loco, mi abuela me compraba mis primeras obras en un peso, entonces cuando ya la hartaba y no hallaba qué hacer con tanto papel, pues me decía que se le había terminado el dinero y que ya me fuera. Pero yo no me quería ir, y le decía: 'te los doy gratis', pero después me daba 10 pesos para que me fuera; así que me iba con mi hermano mayor Miguel a su taller, él fue quien me puso mis primeros pinceles en la mano. Crecí aprendiendo de él.

También escuchaba a mi hermano Gabriel y él me enseñaba música. Yo pensé que era músico, pero sabía que algún día me dedicaría a la pintura.

Recuerdo que cuando tenía unos seis o siete años, el mago Houdini me impactaba mucho porque tenía una personalidad muy fuerte, una mirada penetrante, que hipnotizaba. Hacía unas proezas impresionantes, lo aventaban al río encadenado en una caja llena de candados y ise escapaba! Yo me angustiaba mucho y brincaba de emoción. Decía: '¡Sáquenlo!' Ese ser me impactó, me marcó. Yo no sabía que había truco. Se convirtió en mi ídolo".

El gran circo

Yo nací en una familia religiosa, apostólica, católica y romana. Yo no soy religioso, pero ir a la iglesia de niño era un rito fantástico: el cura era el mago, vestía raro y de su túnica adornada, cuando

levantaba las manos, salía el humaderón de incienso, yo pensaba que iba a hacer aparecer conejos, pero aparecía una ruedita blanca y entonces mi nana me decía: 'ahí adentro del panecito blanco hay alguien'. Pues me destapaba la imaginación... A la Virgen María, montada sobre el burrito, la convertía en mi fantasía en una mujer parada de puntitas en un caballo blanco haciendo malabarismo y a San José con el látigo de domador manejando el caballo. Los arcángeles los convertía en aviadores con alas que iban con Dios. A los santos los ponía de trapeceistas y los acólitos me parecía que eran enanos alrededor del mago. Cuando terminaba la función yo empezaba a aplaudir y mi nana me daba un *sopapo* y ahí despertaba de mi ensueño.

Era un niño fantasioso por naturaleza, y aburrido además, que tenía que inventar un mundo en las iglesias. Cuando iba al circo pasaba lo mismo. Yo no veía diferencia, sólo que iba a diferente circo. Eso es lo que pinto ahora, lo que hago hasta el día de hoy.

Mis obras surgen de los sueños, de las visitas a los circos, surgen de ver diferentes imágenes en pintura, de otras partes. Sobre todo la imaginación, donde las tengo grabadas en mi mente y mi corazón.

De la imaginación donde nacen esos duendes latosos, batallo para ponerlos en su lugar y tomarles la foto, es decir, ponerlas en el lienzo o volverlos escultura. Los personajes de mis obras me dan problemas, a veces se aparecen muy endemoniados, otras veces muy guapos.

Sociedad podrida

La sociedad tapatía está podrida, ya no tiene remedio. Desgraciadamente viene desde los padres. Puede ser válido pensar que tienes que ser exitoso en la vida, ganar

“A la Virgen María, montada sobre el burrito, la convertía –en mi fantasía– en una mujer parada de puntitas en un caballo blanco haciendo malabarismo”

dinero, casarte con una rica, tener una buena chamba o pisotear a quien se te ponga enfrente, para mí son valores muy jodidos. Los papás dicen a sus hijos: 'vas a misa y luego te presto el coche para que te vayas de reventón'. Son valores muy miserables. Viene de los padres a los hijos, se hace una cadena muy nefasta y jamás se menciona la cultura.

Los artistas marcan la civilización de un pueblo por el grado de educación, pero Guadalajara es una sociedad muy soberbia que cree que se lo sabe todo. Creemos que somos el ombligo del mundo y rechazan lo que no entienden, lo que les hace pensar o sentir algo. Las artes son un acercamiento espiritual. Cuando la gente entra a una iglesia, avienta la limosna y no se asusta del arte que hay ahí, pero cuando lo ven transmutado en obra plástica, los crucificados somos nosotros, los artistas.

La diferencia es que ellos ponen las obras en un circo, o sea la iglesia, y nosotros en una galería y

un museo. Es una lástima que Guadalajara, tan hermosa, esté tan malograda culturalmente. Guadalajara es un excelente taller de creación, se pueden ver los cielos azules en las tardes de verano. No hay otro lugar en el mundo como Guadalajara donde se ve a los políticos mordisqueándose las nalgas. No podemos esperar mucho reconocimiento para los artistas, cuando es el mayor semillero de ellos.

Los hombres-mueble

La idea de convertir las imágenes en sillas surgió cuando vivía en Nueva York, tenía un amigo muy querido que tenía un abuelito que estaba muy viejito, de 95 años, y vivía sentado en un sofá muy largo, verde descolorido de terciopelo.

El viejito no se separaba del sillón, ahí comía, dormía, no más lo llevaban al baño para que hiciera sus necesidades. Una vez estábamos en la cocina tomando una chela y de repente volteé y vi la cabeza del viejito pegada al sillón, integrada. Fue un alucine, no estábamos fumando mota, lo juro, pero lo imaginé integrado al sofá. Lo dibujé en un pedazo de cartón, y dije: 'es un hombre mueble'. Regresé a México con la idea de hacer pintura y escultura del hombre mueble, y las obras que están en la explanada del Hospicio Cabañas son de esa imagen que se me reveló aquel día.

Afortunadamente salieron interactivos, porque la gente se puede sentar y los niños se pueden hacer pipí en ellos". *





El artista tapatío prefiere no hablar de las piezas que, el 4 de septiembre próximo, se exhibirán en el Museo de las Artes de la UdeG y el Instituto Cultural Cabañas, planeando toda una serie de sorpresas. Mientras llega el día, Alejandro Colunga le da alas a la imaginación y sus asistentes modelan las maravillas y pesadillas del creador

Guadalajara • Edgar Velasco

LAS CIEN MANOS de Colunga

Aparecen y desaparecen. No son fantasmas ni personajes de invención. Pero juntos, modelan los seres que surgen de los sueños y las pesadillas de Alejandro Colunga. Sus tareas son muchas y diversas: toman medidas a las esculturas, atienden el teléfono, retocan piezas en un cuarto, hacen fotografías. Entran y salen de las habitaciones. Se deslizan por todo el espacio. Son los colaboradores del artista tapatío, que se mueven como peces en el agua en uno de los talleres donde se preparan las piezas que integrarán *Maravillas y pesadillas de Alejandro Colunga. 1968-2008*, la magna exposición que el Museo de las Artes de la UdeG y el Instituto Cultural Cabañas preparan para rendir homenaje, el 4 de septiembre próximo, a uno de los más importantes artistas jaliscienses de los últimos tiempos. Un ejército que acata las órdenes del creador.

"Creo que son como 45 o 50 [colaboradores]. Sin ellos no sería nada. Son mi familia", dice Colunga sobre su equipo. No todos están en el mismo taller: la exposición, dice el artista tapatío, se prepara en cerca de quince talleres. En uno de ellos, perdido en la colonia Lafayette, el escenario parece sacado de un cuadro del mismo Colunga: una mesa, larga, soporta pirámides de tubos de óleos. Botes con pinceles y brochas de todos los tamaños habidos y por haber. Debajo de la mesa se apilan las paletas, con restos de pintura. Los asistentes van de aquí para allá, con sus mandiles pintados, intervenidos por los colores. "Ellos son mis hermanos, mis hijos, mis papás y mis mamás. Todos me apoyan con un desinterés apabullante. Es una de las razones por las que me gusta estar en Guadalajara. No me cabe la gratitud: sin ellos no soy nada", sentencia.

Un velo de confidencialidad pesa sobre las obras que se trabajan en los talleres. Alejandro Colunga prepara, como alquimista, una serie de sorpresas que no se pueden dar a conocer antes del 4 de septiembre, fecha en que abrirá sus puertas la muestra. En muchas de las cerca de 200 piezas que se podrán apreciar está la mano de los colaboradores. "Todo esto sería imposible hacerlo solo. Adoro lo que están haciendo. El asunto de la firma es un protocolo pendejo, no creo en eso de firmar una obra. Juntos somos una parte del todo", afirma el artista tapatío.

Tener a esa cantidad de gente alrededor tiene sus ventajas: al contar con su ayuda, Colunga puede darle rienda suelta a su imaginación. Acaso por esa razón el óleo está por todas partes y las esculturas, en todos los formatos posibles, ocupan los rin-



FOTOS: GIORGIO VIERA

Sobre sus colaboradores

"Creo que son como 45 o 50. Sin ellos no sería nada. Son mi familia. Ellos son mis hermanos, mis hijos, mis papás y mis mamás. Todos me apoyan con un desinterés apabullante. Es una de las razones por las que me gusta estar en Guadalajara. No me cabe la gratitud"



cones. Máscaras y bustos se asoman por las ventanas. El taller tapatío se desborda y, también, el artista dentro de él. "No cuento las horas que paso en el taller, lo prometo. El cuerpo indica cuándo parar. Me puedo quedar tirado en el lugar donde estoy trabajando y despierto y sigo trabajando", dice.

Pero no todo es taller y trabajo: Alejandro Colunga tiene tiempo, también, "para la novia, para un buen comer. Tengo mis tiempos de diversión, pero cuando trabajo me desconecto y no cuento las horas". Lo dice un artista que, aprovechando su condición de ambidiestro, puede darse el lujo

de trabar con una mano en una pintura y, al mismo tiempo, en una pieza completamente diferente con la otra. "Soy como los niños malabaristas o el músico que usa las dos manos. Esto es igual. Nunca se me atora nada".

Así van transcurriendo los días en los talleres de Colunga, que se

han convertido en una especie de cajas de sorpresas esperando el momento de ser abiertas. No hay una descripción mejor para lo que ocurre en los talleres que la que ofrece el artista: "Es un juego y nada más. Hay que partirse la madre para que salga eso que está ahí. Eso es todo". ■